

¿Cuánto vive una rosa?

A la rosa pequeña, inhiesta en púrpura,
casi eterna sobre el látigo inclemente
de la intemperie: Lluvia, viento, nieve ...

La niebla jugaba con tus pétalos
de seda, pérdida en el laberinto
de tu corola, abrazándote sin cesar
con sus tules fríos. ¡Ah, qué caricia
tan persistente, tan inmovilizante!
Luego el hielo te encapsuló, rígido bucle,
encogida pero viva, aleteabas al viento,
después la nieve oprimía tu contorno
claudicante días y días.

Al fin, una pequeña bonanza te devolvió
la vida, recuperaste ligera tu forma grácil.
Reptaste sobre tu tallo inhiesto
y sonreías, entera y viva, arco relajado,
junco al viento. Así han pasado los días,
meses, en medio del jardín apagado,
sonríes sola, con la gracia inocente,
de la que ha logrado, tras tantas penurias,
ser casi inexpugnable al desaliento.

Para que sigas viva, querida rosa confiada,
quiero preservar tu afán voluntarioso
con estas palabras que rozan tu misterio
refulgente; una ofrenda humilde,
pequeño milagro de gracia, belleza
e inocencia que brilla
en lo anodino e inesperado.

Antonia Lazcoz
(Monreal 29-12-21)

